

príncipes gobernar los reinos!... Los obispos de Roma se precian de haber trasferido el imperio romano á los reyes de Alemania. ¿Por qué entónces nuestros emperadores han sido arrojados de Roma? Los papas abandonan á los Alemanes las apariencias del poder, guardando para sí la realidad. De esta suerte nos han llevado siempre de la oreja; ¿no tienen, pues, razon en tratarnos de imbéciles? ¿Qué significa este grito de rebelion? Un llamamiento al pueblo aleman, humillado, explotado y despreciado por los sacerdotes ambiciosos que de la barca de San Pedro habían hecho un trono desde el cual dominaban sobre el mundo, con un orgullo más digno de los Césares romanos que del humilde apóstol de quien se decían sucesores. El reformador, con su voz potente, subleva la Alemania contra esa odiosa dominacion. Ábrese una lucha sangrienta que termina con la derrota del papado; y cuando el papa sucumbe, sucumbe tambien el emperador. La unidad cristiana se ha roto, la era de las nacionalidades comienza.

¡Cosa singular y que prueba cuánto cuesta á los hombres despojarse de sus viejas preocupaciones! Los reformadores, al mismo tiempo que arruinaban el papado, querian conservar el imperio, creyendo tener de su parte la más alta autoridad, la palabra divina. Daniel, el gran profeta, predijo que la monarquía de Roma sería la última; y el imperio de Alemania ¿no era el santo imperio romano? Luego debía ser tan indestructible como el reino de Cristo, porque ambos descansaban sobre la fe de las mismas profecias. Estas profecias, como gran parte de los dogmas católicos, eran una herencia del cristianismo tradicional que los reformadores aceptaron al principio, pero que rechazaron bien pronto, como escombros de un pasado muerto, no pudiendo las instituciones muertas resucitar, como tampoco resucitan los hombres que en otros tiempos las animaban con su vida. La unidad católica, mediante el papa y el emperador, estaba rota, por el solo hecho de rechazar los protestantes el papado. Si el vicario de Cristo se veía obligado á abdicar sus pretensiones, con mayor fundamento carecía de razon de ser el vicario temporal.

La Reforma era esencialmente hostil á la idea de monarquía universal; y no sin motivo, porque si la monarquía universal hubiera llegado á establecerse, hubiera hecho imposible la revolucion re-

ligiosa. ¿En quién encontraron apoyo y proteccion los reformadores? En los príncipes alemanes, es decir, en los enemigos natos de la potestad imperial. Los príncipes, abrazando la Reforma, pusieron fin virtualmente al santo imperio. ¿Se concibe un imperio que se llama *santo* por ser el brazo armado de la Iglesia católica, y electores heréticos disponiendo de esta santa corona? El protestantismo y el santo imperio eran incompatibles. Dirémos más: el protestantismo, obra del genio germánico, es por esencia hostil á toda monarquía universal. La individualidad alemana conduce lógicamente al principio de nacionalidad; al paso que si se admite un papa vicario de Dios, hay que admitir necesariamente un emperador vicario temporal del Cristo, encargado de proteger y defender su Iglesia. Tan cierto es que la idea de monarquía universal es católica, que siempre fueron príncipes católicos, aliados del papa, los que aspiraron á la dominacion del mundo, al paso que los príncipes protestantes se consagraban á la defensa de las naciones contra las pretensiones de los papas, de los emperadores y de los reyes católicos. Carlos V legó su ambicion como una herencia á su familia; y cuando la casa de Austria se vió obligada á renunciar sus soberbias pretensiones, las trasmitió á su vencedor. ¿Quién estorbó esas peligrosas tentativas? Isabel de Inglaterra, Gustavo de Suecia, Guillermo de Holanda.

Estos nombres recuerdan largas guerras y largos de sangre. ¿Por qué el principio de nacionalidad no triunfa sino despues de esas terribles luchas? Precisamente porque se liga tan estrechamente con el protestantismo como la monarquía universal con el papado. La revolucion del siglo XVI conmovió todo el edificio de la Edad Media; mas la unidad católica era una unidad con dos cabezas, el papa y el emperador. Ambos pretendían la monarquía universal. Los reformadores combatieron al papa únicamente; pero el emperador comprendía que sus títulos á la monarquía serían papel mojado si el papa dejaba de ser el amo de la cristiandad. De aquí la coalicion de dos ambiciones: espiritual y temporal. El emperador ayudó al papa á restablecer su dominacion religiosa; si hubiera vencido, hubiera sido *ipso facto* monarca del mundo cristiano, como vicario temporal del Cristo. Por lo mismo que un lazo íntimo ligaba al papa con el emperador, la Reforma no podía ata-

car al uno sin combatir al otro. Así la lucha dió por resultado abatir juntamente el poder del papa y el del emperador. Despues de la paz de Westfalia ya no hay papado ni imperio; no hay más que reyes, órganos de las naciones, hasta que los pueblos soberanos vengan á reemplazarlos.

El papa y el emperador tenían intereses comunes que explican su alianza, pero tenían tambien intereses encontrados. El papa no quería la dominacion universal del emperador, porque entónces quedaría reducido á ser su capellan. Por su parte, el emperador no quería la dominacion incontestada del papa, porque hubiera quedado reducido al papel de brazo armado de la Iglesia. ¡Singular contradiccion de los hombres! El papa y el emperador querian y no querian al mismo tiempo la monarquía. Cada cual, en definitiva, procuraba sólo su interes. Ambos sucumbieron; ¿quién fué vencedor? El principio de independencia y de soberania de las naciones. ¿Á quién debemos tan inmenso beneficio? Al protestantismo, pero entiéndase bien, al protestantismo en tanto que es la expresion del elemento germánico, no al protestantismo en cuanto es cristiano. Como cristianos, los protestantes comenzaron por creer en la eternidad del imperio. Como Alemanes, combatieron á todos los pretendientes á la monarquía universal, lo mismo al emperador que al papa. El individualismo es el carácter distintivo de las razas germánicas y marca su mision. En el siglo V, los Bárbaros destruyen el imperio romano; en el XVI, sus descendientes ponen término al papado y al santo imperio.

Aquí no puede decirse que los reformadores hicieran lo que no querían hacer. Los representantes del pasado, el papa y el emperador, querian mantener una unidad imposible, y son instrumentos en las manos de Dios, porque rompen, á pesar suyo, la unidad que hubieran querido perpetuar. Traban una guerra á muerte á los protestantes para destruir la Reforma y para levantar sobre sus ruinas su propia dominacion. ¿Cuál es el fin de la guerra? La paz de Westfalia. El emperador, al firmarla, abdicó. El papa no quiere abdicar y protesta, pero su protesta es un vano ruido de palabras á que nadie presta atencion. Los protestantes tienen tambien sus debilidades y sus inconsecuencias, pero están en el camino del porvenir, camino abierto por Lutero cuando excitó á la nobleza alemana á sublevarse contra el orgulloso sacerdote que

dominaba desde Roma. Por segunda vez la raza germánica entra en lucha contra la monarquía universal. Los Bárbaros no tenían conciencia de su mision: literalmente son instrumentos y nada más en la mano de Dios. No se puede decir lo mismo de los protestantes. De los dos pretendientes á la monarquía, era el papa el más peligroso, porque ni la libertad cristiana respetaba. Contra él dirigen sus ataques los reformadores, y lo gran derribar al coloso. Luego han querido aquí lo mismo que Dios, dentro de los límites de la imperfeccion humana. ¡Consolador espectáculo para nuestra debilidad! La humanidad comienza por asemejarse al niño recién nacido, á quien falta conciencia de su vida, y necesita una mano que le sostenga y que guíe sus primeros pasos. Tiene, sin embargo, su mision, que está escrita en las facultades con que Dios le ha dotado, y la llena bajo la mano de los que presiden su educacion. Más tarde él mismo tomará la direccion de su destino con plena libertad, pero procurando que su voluntad concuerda con la de Dios. ¿No sucederá otro tanto respecto á la humanidad? Por lo que dice relacion á la educacion del género humano en la historia, no cabe duda.

§ VI.—La Revolucion (1).

N.º 1.—La Revolucion y la propaganda de la libertad.

I.

¿De dónde procede la Revolucion? Los hombres del 89 responden: de la filosofía. "Voltaire, exclaman, no ha visto todo lo que se ha hecho, pero ha hecho todo lo que nosotros vemos. El primer autor de esta gran revolucion que asombra á la Europa y esparce en torno la esperanza en los pueblos y la inquietud en las cortes es, sin disputa, Voltaire. Él es quien ha derribado la barrera más formidable del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. Si no hubiese roto el yugo de los sacerdotes, nunca se hubiera roto el de los tiranos. Débesele la emancipacion del espíritu humano." Si, los filósofos fueron los libertadores del espíritu

(1) Véanse los testimonios en las partes décimatercia y decimaquinta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

humano, en cuanto fueron los precursores de una revolucion llamada á emancipar los pueblos. El libre pensamiento es el principio de toda libertad. Los revolucionarios lo sentian, y por esto celebraron á los filósofos como á los autores de la Revolucion.

La Revolucion, reconocida, levantó un templo á los grandes hombres que ilustran á la humanidad y que la emancipan ilustrándola. Voltaire fué el primer filósofo que recibió los honores del panteon. La Revolucion misma proclama su procedencia de la filosofía. El mismo honor se tributó á Rousseau, por cuanto se consideraba al autor del *Contrato social* como el primer fundador de la constitucion francesa. En efecto, él fué quien erigió en sistema la soberanía del pueblo y la igualdad de derechos; y ¿no se basa sobre la igualdad de los derechos y sobre la soberanía del pueblo la constitucion que la Asamblea nacional dió á la Francia?

Con todo, los filósofos, celebrados como autores de la Revolucion, rechazaban toda idea de un cambio violento en las instituciones y en las leyes: "Una gran revolucion, dice Rousseau, es casi tanto de temer como el mal que pudiera remediar; es vituperable desealarla é imposible preverla.", Háse preguntado qué papel habrían desempeñado en la Revolucion los héroes del siglo XVIII, Voltaire, Rousseau, Diderot, Mably, Holbach. Dios les dispensó la gracia de retirarlos de este mundo ántes de que la tempestad estallase. Un filósofo, y de los más impetuosos, tuvo la desgracia de sobrevivir al 89. Cuando Raynal vió de cerca, no los excesos del 93, sino los hermosos dias de la Constituyente, turbados ya por borrascas, el anciano retrocedió asustado, escribiendo entónces la famosa carta en que reniega de la fe de su vida entera.

Ciertamente que los filósofos, á pesar de la violencia de su lenguaje, no soñaban en una revolucion que diera el poder á las masas, y que de haberla previsto, la hubieran renegado como Raynal. Lo que sobre todo interesaba á Voltaire era que los reyes se hiciesen filósofos. Poca confianza tenia en los *espíritus de plazuela*, y al hablar de la revolucion intelectual que se preparaba, se refiere á los *hombres honrados*, á las clases superiores. En cuanto á la *canalla*, la deja abandonada á sus preocupaciones y á sus errores. La idea fija de todos los filósofos era un príncipe libre pensador, un rey

legislador. Gustosamente concedian á este restaurador un poder absoluto, pareciéndoles que el despotismo sería el mejor de los gobiernos, si estuviera animado de buenas intenciones. El mismo Rousseau, más demócrata que los filósofos, soñaba un legislador á la manera de Licurgo, de Moises ó de Mahoma, especie de revelador que viniera á cambiar la naturaleza humana, á trasformar los individuos y á arrastrar, si preciso fuera, por la autoridad divina á los que no pudiera la prudencia humana convencer.

Sin embargo, los filósofos han predicho la Revolucion. "Nos aproximamos al estado de crisis, dice Rousseau, y al siglo de las revoluciones.", Voltaire escribe en 1764: "Todo cuanto veo siempre las semillas de una revolucion que estallará irrevocablemente, y de la cual no me cabrá el placer de ser testigo. La luz se ha ido de tal suerte extendiendo, que á la primer ocasion estallará con estrépito.", Voltaire no sospechaba lo que sería la Revolucion cuando sentia no ser de ella testigo. La revolucion que él esperaba, por cuyo triunfo hacia votos, que preparó con todos sus esfuerzos, era una revolucion intelectual, la emancipacion de los espíritus del yugo de la superstición: no una revolucion francesa, sino una revolucion europea, y, sobre todo, filosófica ó religiosa.

Se puede, por tanto, decir que los filósofos no vieron todo lo que hicieron, y que, bajo cierto sentido, hicieron lo que no querian hacer. ¿Quién entónces lo hizo, á pesar suyo? ¿Quién predestinó una nacion católica al papel de misionera de la libertad? ¿No será el que dotó á esta nacion del genio de la propaganda? Y si la Francia debía presidir la era de las revoluciones, ¿no debía tambien ser iniciada en su mision por los libres pensadores? ¿No fué, por tanto, una potestad benéfica quien suscitó los filósofos y les dió una autoridad de que no ha disfrutado jamas ninguna literatura? No diremos por esto que los filósofos hayan sido puros instrumentos en las manos de Dios. No, Voltaire tenia conciencia de lo que queria hacer, y ha inspirado la Revolucion como Rousseau, aunque ni el uno ni el otro podian prever las vías por donde debiera realizarse: esto es el secreto de Dios. Pero de antemano le asignan su objeto, el libre pensamiento, la soberanía de los pueblos y la igualdad de los derechos.

II.

La filosofía del siglo XVIII es esencialmente cosmopolita; y cuando hablamos de la filosofía, entendemos toda la literatura, imbuida del mismo espíritu que animaba á Voltaire y á Rousseau. ¿Quién ha dado á una multitud de escritores la misma tendencia, el amor ardiente de la humanidad, la abnegacion de todo interes nacional? ¿No será el que habia destinado el pueblo francés á ser libertador del mundo? La Revolucion, desde sus primeros pasos, anuncia que tiene conciencia de su gloriosa mision, y proclama los *derechos del hombre* en una declaracion solemne que pone á la cabeza de la constitucion francesa. ¿Por qué los *derechos del hombre* y no los *derechos de los Franceses*? Porque la Revolucion no es una revolucion francesa, sino humana. En el mensaje que la Asamblea constituyente dirigió á la nacion se lee: "Los derechos de los *hombres* eran desconocidos é insultados desde hace siglos, y han sido restablecidos para la *humanidad entera* por esta declaracion, que será el grito eterno de guerra contra los opresores."

La declaracion de los derechos del hombre es el Evangelio de la libertad, y la *buen nueva* se dirige á todo el género humano. Mas ¿cómo una revolucion, francesa en su origen, será una revolucion universal? Para extender el Evangelio por el mundo fué necesaria la fuerza. Los conquistadores prepararon el camino al *Príncipe de la paz*. Los Bárbaros vinieron á salvar el cristianismo de la dominacion romana. Los guerreros impusieron la ley de Cristo á poblaciones guerreras. ¿Será tambien la fuerza misionera de las ideas del 89? Los revolucionarios, fieles á las enseñanzas de sus maestros los filósofos, comenzaron por rechazar la fuerza. En la Constitucion del 92 se lee: "La nacion francesa renuncia á emprender guerra alguna con propósitos de conquista, y no empleará jamas la fuerza contra la libertad de ningun pueblo.", ¿Por sólo la propaganda pacífica dará vuelta á Europa la Revolucion? Tal era la ilusion de uno de los mayores revolucionarios. Robespierre esperaba que el espectáculo de la libertad francesa bastaría para convertir las naciones á los principios del 89. ¡Singular ilusion en un hombre político! ¿Él mismo no decia que la Revolucion era una guerra de la li-

bertad contra la aristocracia? ¿No estaba la guillotina perennemente levantada, como signo sangriento de esa lucha sangrienta? Si la Francia, aunque preparada á la Revolucion por la filosofía, contaba aún con tantos enemigos del nuevo orden de cosas, ¿cómo pensar que la Europa feudal ó monárquica se agruparía voluntariamente en torno al estandarte de la libertad? Los revolucionarios contaban con que todos los pueblos se pondrian de su lado. Pero si la opresion dominaba por todas partes á las masas, tambien por todas partes eran éstas incultas, supersticiosas y dominadas por aquellos cuyo yugo debieran sacudir. ¿Cómo hacer penetrar los principios de libertad en espíritus todavia siervos? ¿Por el espectáculo de la libertad francesa? El régimen del Terror, apoyado por la guillotina, no era el más á propósito para seducir los pueblos. En cuanto á los principios del 89, que hubieran podido seducirlos, buen cuidado tuvo la Europa monárquica de cerrarles las fronteras, á la manera que se establecen cordones sanitarios para impedir la entrada de enfermedades contagiosas.

Lo que los hombres no podian hacer, Dios lo hará, y lo hará por manos de los mismos enemigos de la Revolucion. ¡Espectáculo maravilloso y propio para desconcertar á los que pretenden deterrar á Dios de la historia! ¿Quién habria de imaginarse que los reyes extenderian los principios de la Revolucion, y que la aristocracia vendria en su auxilio para esa singular propaganda? El hecho es innegable. ¿Dónde encontraron los filósofos franceses más favorable acogida? En los nobles y en los príncipes. Voltaire es el verdadero rey del siglo XVIII, y tiene por vasallos á los soberanos de la Europa feudal, por cortesanos á los condes y á los duques. "La emperatriz de Rusia, dice Condorcet, el rey de Prusia, los de Polonia, Dinamarca y Suecia, se interesaban en sus trabajos, procurando merecer sus elogios. En todos los países, los grandes, los ministros que aspiraban á la gloria, solicitaban los sufragios del filósofo de Ferney.", Cuando afirmamos que la literatura francesa era una soberanía en el siglo último, no hablamos en sentido figurado. Los reyes reciben embajadores, una de las prerogativas, como dicen los publicistas, de la potestad soberana. Pues bien, en el siglo XVIII, los príncipes mantenian en Paris embajadores literarios, como Grimm, el espiritual correspondiente de Diderot.

Los grandes del mundo hacían la corte á la filosofía. Trascurren algunos años, y la filosofía se llama Revolución. ¿Cuál fué el primer acto de los discípulos de Voltaire y de Rousseau? Proclamar los derechos del hombre. Esta declaración es también una declaración de guerra á la aristocracia y á la realeza. ¡Los nobles y los reyes han mimado durante un siglo á sus mortales enemigos! Ciertamente que no era esto lo que querían hacer. Cuando vieron á los demoleedores ocupados ya en su tarea, se volvieron contra ellos, y se coaligaron contra la Revolución, que con sus propias manos habían preparado. ¿Ahogaron al monstruo? No, lo desencadenan, le abren sus Estados, hacen cuanto de ellos depende para que no quede un rincón de Europa donde no penetren los principios del 89, y acaban por utilizarlos, como un arma, contra el conquistador invencible, heredero de la Revolución, pero heredero infiel que no puede ser vencido sino por las ideas que, á pesar suyo, ha sembrado á la cabeza del grande ejército, paseando la bandera tricolor por todas las capitales de Europa. ¡Qué caos de contradicciones! Hay una luz que disipa el caos, la luz divina, y es tal su brillo, que es fuerza cerrar los ojos para no verla. Todo lo que pedimos se reduce á que se mire, y se verá claro.

N.º 2.—*Napoleon y la Revolución.*

I.

Apénas la Revolución derriba los muros de la Bastilla, los príncipes de la sangre y la alta nobleza emigran en masa. Ganas dan de repetir, con el poeta, que Dios ciega á los que quiere perder. ¿No es la nobleza el apoyo del trono? Y cuando el trono está en peligro, ¿no es el primer deber de la nobleza defenderlo? Huyen y abandonan á su desgraciado rey al furor de la democracia. Verdad es que se prometen regresar al frente de un buen ejército que dará cuenta de los descamisados. Hélos ahí azuzando la Europa feudal contra una revolución que ha osado abolir el feudalismo hasta en sus últimos vestigios. Y ¿á qué conduce esta lucha de veinte años? Á destruir la vieja realeza y la vieja aristocracia. Si, en lugar de emigrar, los nobles hubieran puesto su incontestable bravura al servicio de la realeza, acaso ésta hubiera triunfado, y con ella el régimen aristocrático. Comba-

tiendo á la Revolución por la guerra extranjera y por la guerra civil, la nobleza destruía con sus propias manos el antiguo edificio que quería mantener, después de haber ayudado á los filósofos á minarle. ¿Quién les impulsó á la emigración? Sus privilegios de casta y sus pasiones ciegas. Y ¿quién se ha servido de sus malas pasiones para extirpar los abusos que querían eternizar? No hay más que una respuesta: Dios y su Providencia.

Los reyes se coaligan contra la Revolución. De creerles, quieren salvar la realeza y el orden social, amenazado por los principios del 89 y por los excesos de los revolucionarios. ¿No tenían otra ambición? La historia ha patentizado sus miras interesadas. Catalina II, en apariencia la más ardiente en armarse contra una revolución á la que había hecho la corte como filosofía, quería tener francos los brazos para ejecutar los grandes designios que para nadie son un secreto. El rey de Prusia pensaba ensancharse á expensas de la Polonia, y no tardó en abandonar la coalición. En cuanto al Austria, mantenía su tradicional é insaciable avaricia: tan pronto codiciaba unas provincias francesas, como la Baviera y Venecia, y las Legaciones. Inglaterra misma deslizaba mañosamente los propósitos de su gran ambición, la dominación de los mares. Hé ahí lo que querían los coaligados. ¿Fué eso lo que hicieron? En tanto que combaten las ideas del 89, la Revolución triunfa, respondiendo á sus amenazas con la ejecución de Luis XVI y con la guerra de propaganda. ¡Guerra á los castillos! ¡Paz á las cabañas! Tal es la divisa inscrita en las banderas de los ejércitos republicanos. Es la invasión de la democracia y una lucha á muerte contra todo el antiguo orden social. ¿Quién vencerá? La libertad; y vencerá por los reyes y á pesar suyo.

La mano de Dios es visible, porque los hombres hacen precisamente lo contrario de lo que quieren hacer. No es que Dios los ciegue, como dice el poeta, sino que ellos mismos se encargan de cegar. Dios propaga los principios del 89 por manos de los príncipes que querían destruirlos. Y no quiere esto decir que las armas sean el mejor conducto para propagar la libertad. Dios no hubiera elegido este conducto, pero las pasiones humanas arrastran fatalmente. La guerra de propaganda, mejor que nada, prueba que era imposible la propaganda pacífica. Los pueblos permanecen

sordos á la voz de la revolución, y tal es su inercia, que se necesita la violencia para arrastrarlos á pesar suyo al movimiento revolucionario. Desde entónces la guerra contra la Europa feudal cambia de carácter; la Revolución se hace conquistadora.

Para una guerra de conquista se requiere un conquistador. Un hombre de guerra, como la historia no ha visto otro igual, se pone á la cabeza de la Francia revolucionaria. Así la Revolución, después de haber renunciado á las conquistas, después de haber repudiado la guerra, acaba por ser conquistadora. En este sentido, los hombres del 89 hicieron lo que no se proponían hacer. Sin embargo, puede decirse que la propaganda armada caía dentro de las tendencias de la Revolución. Hija del siglo XVIII, estaba llamada á influir sobre el mundo europeo, así como la filosofía había abrazado los intereses de la humanidad entera. La propaganda de las ideas se limitaba á las altas clases, y aún no había sido seria en su seno, porque los reyes y los grandes, después de haber adulado á los filósofos, se tornaron contra la Revolución, que sus maestros habían preparado con sus escritos. Necesitábase una propaganda que destruyera el régimen antiguo, á fin de abrir camino á los principios del 89. Es decir, que la fuerza debía hacer lo que la filosofía fuera impotente para alcanzar. Los revolucionarios mismos del 89 nos han dicho que al declarar los derechos del hombre, se dirigían, no solamente á la Francia, sino á toda la humanidad; de consiguiente, debían por fuerza inclinarse á la guerra. Con todo, estaban en lo cierto repudiando las conquistas, porque comprendían que el espíritu conquistador es incompatible con la libertad. Véase, pues, cuál era la posición fatal de la Revolución: no podía llenar su misión sin hacerse conquistadora, y no podía ser conquistadora sin comprometer la libertad, cuyo nombre había inscrito en su bandera. Esta fatalidad explica las contradicciones del guerrero que recogió la herencia de la Revolución. No hay hombre en cuya vida sea más visible la acción de la Providencia que Napoleon. Quiere éste lo que Dios no quiere, y al mismo tiempo quiere y ejecuta lo que quiere Dios, que vela porque la libertad salga victoriosa de la larga lucha abierta en 89. Aún no ha llegado á su término; pero lo que Dios ha hecho ya por la libertad nos garantiza lo que continuará haciendo. En caso necesario, los mismos enemigos de la libertad se

toman en sus apóstoles. ¿Deberá atribuir á los hombres tan inmenso beneficio, ó á Dios, que se sirve de sus malas pasiones para el cumplimiento de sus designios?

II.

Los amigos de la libertad acusan á Napoleon de haber sido el mayor de los contrarrevolucionarios. "Su reino, dicen, ha sido la retractación de la Revolución por sí misma. El emperador sirvió de contrapeso á las ideas que produjeron la Revolución del 89, y quiso rehacer lo que ella había destruido." Hay un hecho que atestigua palpablemente esta tendencia. Los católicos celebran el concordato como el acto más glorioso de Napoleon. Si los enemigos del 89 aplauden el restablecimiento de los cultos, consiste en que era una obra de restauración política y religiosa, que renovaba la alianza entre el trono y el altar, lo que constituía la esencia del antiguo régimen.

Dirigese también á Napoleon un reproche ó un elogio contrario. Dicen algunos que con él la Revolución se hizo hombre. En cierto sentido tienen razón. ¿Qué veía en la Revolución la inmensa mayoría de los Franceses? El advenimiento de la democracia, es decir, del principio de igualdad. Bajo este concepto, Napoleon encarnaba el genio revolucionario; subteniente en 89 y emperador en 1804, era la imagen viviente del espíritu nuevo. Esta faz de la Revolución fué la que sorprendió más á la Europa feudal conjurada contra los principios del 89. ¿Por qué hace una guerra á muerte á Napoleon? Porque es el hombre de la Revolución. En efecto, donde penetraba la bandera tricolor del grande ejército, las instituciones feudales se derrumbaban. En este sentido, el emperador era el heredero del 89.

Los que condenan y escarnecen á Napoleon como contrarrevolucionario, y los que como heredero de la Revolución ya le persiguen, ya le exaltan, ¿no tendrán todos razón igualmente? Á título de conquistador, no es el emperador ciertamente la Revolución hecha hombre, puesto que el primer acto de la Revolución fué renunciar la ambición de conquistas. No, Napoleon no es, como se ha pretendido, el ejecutor testamentario de la Revolución. Ordinariamente los moribundos encargan á un amigo que cumpla sus últimas voluntades. La